LA SUPERACIÓN DE LOS RECHAZOS MUTUOS

LOS PROBLEMAS DE LA CONVERSACIÓN CÍVICA, Y EL EJEMPLO CATALÁN

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 121(a)/2020

Research Papers

ASP Analistas Socio-Políticos

LA SUPERACIÓN DE LOS RECHAZOS MUTUOS

LOS PROBLEMAS DE LA CONVERSACIÓN CÍVICA, Y EL EJEMPLO CATALÁN

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 121(a)/2020

Índice

Introducción

1. La apuesta por una comunidad política

   1.1. Momento desconcertante
   1.2. Un trasfondo de supervivientes transitorios, inquietos por durar

2. La búsqueda realista de un espacio de amistad: el ejemplo catalán

   2.1. Una experiencia de nostalgias, desencuentros y aprendizajes
   2.2. Atentos a los focos de tergiversación, y elogio de lo insólito

Bibliografía

Versión del 7 de septiembre de 2020

Este trabajo ha sido elaborado en el marco de la serie de “Estudios sobre Europa” patrocinados por Funcas.

Víctor Pérez-Díaz es Presidente de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional / International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences) (†) (Founding Member)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris) (†) (Founding Member)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology) (Founding Member)
Michele Salvati (Università degli Studi di Milano)

© Víctor Pérez-Díaz
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
O en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

Introducción

En un ensayo anterior he sugerido que consideremos los problemas políticos como juegos de ajedrez, como múltiples partidas simultáneas (Pérez-Díaz, 2020). Victorias, derrotas y tablas se sucederían una y otra vez y cada partida contaría con su propio trofeo, pero la victoria final quedaría por determinar– digamos que sería... muy al final, o en cualquier momento. Propongo ahora una partida que, en cierto modo, las acompaña a todas: la del control de los sentimientos de rechazo mutuo. Lo hago centrándome en una experiencia particular; y lo hago subrayando la extraordinaria envergadura sociocultural del problema de fondo – no precisamente un problema tacticista incidental.

El reto de fondo es el de ganar o perder la partida sobre mantener una comunidad política (Europa, España, por ejemplo) superando, o (al menos, provisionalmente) sorteando, la posibilidad, o la probabilidad, de un espiral de sentimientos de desconfianza recíproca. Tales sentimientos serían como sombras que amenazarían con provocar el caos y oscurecerlo todo, impidiendo la formación del fondo de amistad cívica indispensable para producir y reproducir una comunidad política plausible, es decir, una comunidad capaz de durar – e incluso capaz de soñar con quedar en el tiempo: como lo pudiera soñar un estado nación europeo o una *civitas* romana con la trayectoria aproximada de un milenio.

En este caso, podemos tratar de reforzar la comunidad política europea, por ejemplo. Pero hacerlo teniendo en cuenta, no sólo y no tanto las ideas y los intereses implicados en los debates y las maniobras del momento, cuanto los sentimientos (y las disposiciones morales) de las gentes. Y hacerlo de una manera determinada, indirecta: enfocando la atención en el encaje entre uno de los estados-naciones europeos (España) y uno de sus territorios o regiones (Cataluña). Lo cual se justificaría por dos razones. Porque lo que averigüemos al nivel estatal nacional pueda servirnos, por analogía, para el nivel europeo; y porque, para que el proyecto de una Europa integrada se realice, es esencial que sus partes constituyentes, sus estados naciones, tengan la coherencia y la estabilidad internas precisas – evitando así que alguno de ellos se convierta en un foco de contagio, agrave una situación de caos, y propicie así la formación de una suerte de agujero negro por donde se pierda buena parte de nuestras energías (de los europeos, de los españoles, de los catalanes), durante demasiado tiempo. Y la consecuencia última de ello sea una Europa "eternamente por hacer" – una variante de lo que Voegelin llamaba "esa famosa Europa que no existe" (1989).

Me centro en un "problema catalán" que, en realidad, incluye varios problemas de ajuste entre España, como estado nación de los últimos cinco siglos, y Cataluña, como uno de sus componentes territoriales, culturales e institucionales claves durante todo ese tiempo, la mitad de cuyo electorado ha mostrado, a lo largo de la última década, su deseo de independencia de España y la otra mitad, el de permanecer en ella. Enfoco la atención hacia los sentimientos de confianza entre unos y otros. No pretendo ofrecer una descripción y menos aún una explicación completa del proceso en curso, sino sólo un ensayo exploratorio y, en cierto modo, la invitación a una conversación.

Por cuestiones de método, incorporo en este ensayo materiales diversos: estadísticas, noticias, referencias filosóficas y literarias, y testimonios personales. Incluyo estos últimos para poder entender mejor la perspectiva desde la que veo el problema, invitando al lector a hacer lo propio con la suya; e implicándonos, de este modo, en una conversación paralela a, y conectada con, la conversación cívica o debate público que está teniendo lugar en estos momentos. Ello supone comprometernos en un proceso de razonamiento compartido, haciendo uso de lo que John Newman (1979 [1870]) llamaba un "sentido ilativo", es decir, uno por el cual rastreamos la verdad y forjamos nuestro asentimiento a ella por múltiples vías, en clave de conversación, en busca de un consenso, relativo y elusivo, que, a su vez, se pondrá a prueba conforme seguimos avanzando.

Desarrollo mi argumento en dos partes muy diferenciadas: la primera, de carácter muy general, y la segunda, centrada en el tema de Cataluña. Propongo ver el momento actual como un drama abierto a varias posibilidades, y afrontarlo desde la perspectiva de una apuesta (digamos, pascaliana) por entender el desorden y ponerle coto, gracias, en buena parte, a la presencia de una comunidad política que se hace consciente y responsable de sí misma – aunque también cabe la apuesta contraria: por el mantenimiento de una cultura del barullo, con el desorden correspondiente, con el que se piensa que se puede "seguir viviendo".

Constato el sentimiento de inseguridad con el que abordamos este desorden. Acostumbrados (en Europa, y en España) a un relato de (varios) siglos con unos sujetos colectivos, unos "nosotros", bajo la forma de estados naciones (o sus equivalentes), es lógico que el momento actual nos desconcierte. No tendría sentido negarlo. Es inevitable, y hay que partir de él. Y ello con buenas razones. Porque, aunque algunos observadores superficiales desdeñen los sentimientos de identidad nacional como "emocionalismo", en realidad se trata de sentimientos confusos, sí, pero no falsos, y muy a tener en cuenta. Quizá sean unas de esas percepciones confusas (como diría Leibniz) con las que los humanos suelen vivir pensando que *tienen que vivirlas* a falta de otras.

A continuación esbozo, simplemente, un análisis del trasfondo de resiliencia y debilidad inevitables de toda conversación cívica que está asociado a la sensación de relativa fragilidad de toda comunidad política.[1] Lo hago aludiendo a nuestra condición de agentes, digamos, "supervivientes transitorios"; que como tales, son portadores de una inseguridad existencial que se hace aún más difícil de manejar en tiempos como los actuales, de ritmo acelerado, y mucho ruido, y relatos y rituales colectivos sólo compartidos a medias.

En la segunda parte desarrollo mi argumento entrando ya en el terreno de la relación entre España y Cataluña. Sugiero que la formación de *un fondo de amistad cívica* reduciría sustancialmente aquella inseguridad existencial. Analizo un caso, un incidente, de puesta en cuestión de la amistad, y elijo ese caso para indicar cómo la negación de la amistad, según cómo la manejemos, puede contribuir a formar, paradójicamente, un espacio amistoso. Y para ello, basándome en mi propia experiencia personal, y decidido a explorar cómo transformar un obstáculo en un punto de apoyo ("la ponderación de la contrariedad" que propone Gracián en el Discurso VIII de su *Agudeza y Arte de Ingenio*), exploro el tema del buen uso que podemos hacer de los "sentimientos de rechazo" y de las "críticas injustas"; por cuanto que esas críticas ponen de relieve una suerte de resistencia de la realidad a los argumentos de unos y de otros, incluidos los nuestros, lo cual testa nuestra capacidad de empatía y, por ende, de aprendizaje.

Finalmente, aludo a dos factores que pueden ya facilitar, ya dificultar, ese aprendizaje. Cabe que lo dificulte el uso y abuso de la tergiversación en el espacio público. Dejando para otra ocasión el análisis del trasfondo sistémico de esa tergiversación (es decir, el sesgo, y grado, de "falsedad" que suele acompañar al funcionamiento habitual de los sistemas económicos y políticos), me refiero a determinados focos de tergiversación, y, más concretamente, al papel de diversos tipos de tergiversadores: un papel contrapuesto al de los "ilustrados benévolos", o, si se quiere, al de los "ilustrados bienintencionados" leibnizianos. Estos últimos tratarían de aplicar la justicia con prudencia, entendida aquella como una *caritas sapientis* (Riley, 1996; Leibniz, 2011 [1692]); y de contribuir así (en el caso de Leibniz, como filósofo, diplomático, jurista, político, e impulsor de sociedades ilustradas) a

[1]Prolongando el tema de la fragilidad de las formas políticas al que me refiero en Pérez-Díaz (2017).

un mundo mejor, de paz y de equilibrio, de amor y de conocimientos; en acusado contraste con el mundo caótico de la tergiversación vehemente y permanente.

Y "remato la suerte" (si se me permite la expresión) con un cierto elogio de "lo insólito": una referencia al ideal (si se quiere, utópico) de la comunidad política como un espacio de amistad, apuntando más allá de la simple (y loable) conllevancia (entendida como "dolida convivencia" por Ortega en su discurso sobre el problema catalán de 13 de mayo de 1932); e incluso apuntando más allá de la mera benevolencia e ilustración: esbozando un camino de la "amistad de interés" a la "amistad verdadera". Lo insólito sería un impulso emocional y moral afín al respeto y la admiración por lo diferente, a la cultura del elogio, a la magnanimidad: virtudes todas que pueden parecer, en nuestros tiempos, tan avanzados y supuestamente tan realistas, un tanto anacrónicas. (¿Casi tanto como las de Don Quijote?)

En todo caso, entiendo que mi alusión al ideal de la amistad política, pieza clave del argumento, requiere desarrollo, y espero intentarlo más *in extenso* en otro lugar. Y asimismo, que mis referencias, aquí ocasionales, a pensadores del siglo XVII, aquel extraordinario siglo en claroscuro, como Leibniz, Gracián o Pascal, a su percepción graduada, a su apelación al ingenio, a su sensibilidad para la contradicción y a su sentido de la apuesta, son una forma de reafirmar el anclaje de las ciencias humanas de hoy en una tradición previa de filosofía y humanidades. Son, también, una forma de invocar un ideal, el de la comunidad política como un espacio de amistad, y, al mismo tiempo, de subrayar la necesidad de un análisis lo más realista posible de la complejidad de los agentes y de la variedad de las circunstancias.

Creo que ello es más preciso que nunca en estos tiempos de grandes turbulencias. Y turbulentos son los tiempos en los que estamos y más aún en los que estaremos: pandemia, tensiones geopolíticas, crisis económicas mediante. Con el consuelo de que ahora no tenemos las guerras civiles europeas de tantos siglos anteriores. De cuya incivilidad, precisamente, tanto nos queda aún por aprender.

1. La apuesta por una comunidad política

1.1. Momento desconcertante

Obviamente España no es el único país europeo sometido hoy a un agravamiento de sus tensiones internas. De hecho, comparte con otros muchos una situación lábil y un futuro incierto, a los que se pueden aplicar las palabras que un amigo politólogo y economista, Michele Salvati, dedica a Italia: *"tutto è ancora in mente Dei"* (2020). Lo que significa, entre otras cosas, que estamos ante un drama abierto, en el que unos pocos años son un tiempo muy dilatado en el que "puede ocurrir de todo". Uno, tres, cinco años de un *modus vivendi* en la provisionalidad – u ocho años, como sugiere otro político y académico, observador muy próximo, esta vez, de los acontecimientos catalanes, Andreu Mas-Colell (2019).[2] ¿O quizá treinta?

Por otra parte, esta situación de provisionalidad ofrece una *oportunidad* para ampliar y complicar el terreno del juego político. Las partidas habituales son, y seguirán siendo, de fundamental importancia: las relativas a declaraciones, reuniones de cumbres, elecciones, actuaciones económicas, derechos humanos, grandes relatos, diplomacia, propaganda mediática; y sin eludir la cuestión, básica, del

[2]La perspectiva política de Salvati es la de un liberal de *sinistra*; la de Mas-Colell, la de un catalanista soberanista que centra su atención en la autodeterminación; la mía se acerca a la de un europeísta que centraría su atención en la amistad cívica.

mantenimiento de la ley y el orden, que excluiría el recurso a la violencia física. Pero lo que propongo aquí es que, sin descuidar aquellas partidas, nos centremos en jugar, y ganar, *otra partida*, la del control de los sentimientos de rechazo entre los contendientes, que es crucial para una gran estrategia a medio y largo plazo con la mirada puesta en la construcción europea.

Hay que situar la partida en cuestión en su contexto, teniendo en cuenta que el contexto en parte continúa y en parte cambia; y puede cambiar mucho. Por lo pronto, estamos en un momento de agitación local intensa, en el que cada instante parece tener una urgencia extraña, que puede agravarse, o simplemente convertirse en una suerte de rutina melodramática. Por ejemplo, justo en *la última semana de febrero de 2020* en la que comienzo a escribir estas líneas,[3] un gobierno español socialista y populista de izquierda inicia unas actuaciones etiquetadas de manera ambigua como negociaciones y conversaciones, con un gobierno regional catalán de nacionalistas separatistas, el cual pone como condición de la conversación/negociación el reconocimiento de una relación de igual a igual con el estado español (cuestionando la soberanía del pueblo español, que, se supone, era/es la piedra angular del sistema constitucional vigente), así como lo que considera el derecho de Cataluña a la autodeterminación (que la Constitución no reconoce) y la amnistía de los dirigentes políticos responsables/irresponsables de un referéndum ilegal de autodeterminación. Esa escena coronaría una secuencia de agitación política *in crescendo* de una década, en el curso de la cual lo que era cerca de un 30% de catalanes partidarios de la independencia se ha convertido en torno a un 45%.[4]

Mientras tanto, la economía sigue un rumbo errático y la insatisfacción general de la sociedad con los políticos aumenta, y el debate del problema catalán en el espacio público se hace cada vez más vehemente, complicado e impredecible. Al mismo tiempo, el lenguaje usado por unos y por otros juega continuamente con el equívoco: según para quién, la autodeterminación es y no es una consulta, el orden constitucional es y no es la seguridad jurídica, la performance en las urnas y en el recinto parlamentario son y no son actuaciones políticas, y podrían ser algo análogo a una ensoñación, y la amnistía podría ser un permiso penitenciario interpretado con laxitud, etcétera.

[3]La primera versión fue escrita entre febrero y marzo, la última, en medio del verano.

[4]Sobre la evolución de la opinión y del electorado catalán en estos años ver Rodríguez (2017), y Oller, Satorra y Tobeña (2019).

Parece que el conjunto del país se ha ido instalando así en una "cultura del barullo", de la borrosidad, en la que las palabras no es ya que tengan referencias complejas, sino que son equívocas, las noticias ciertas y falsas se confunden, las invectivas son cada vez más frecuentes, aunque, según el contexto, pueden tomarse más o menos en serio, y las expectativas de todos suenan cada vez más inciertas. Y a veces parece que todo se agita pero casi nada se mueve, los presupuestos se prolongan, el estilo de gobernanza se desliza hacia, digamos, "la manera belga" del gobierno "provisional en permanencia",[5] a la espera de compensar el suspense del público con los efectos dramáticos de los grandes titulares del coronavirus, la calima sahariana, un tsunami asiático, la ceremonia del *impeachment* y la campaña presidencial americana, y esta o aquella guerra amén del tam-tam de la globalización y de la llamada del futuro.

Pero si dejamos pasar simplemente un mes, y nos situamos en el momento en el que *hago una primera revisión* de estas líneas, *en la primera semana de abril del 2020*, el mundo ha girado de repente sobre su eje y parece irreconocible. La pandemia del coronavirus ha creado un pandemónium: literalmente, la capital imaginaria de un mundo infernal. Donde el tema que absorbe casi toda la atención del público no es ya la independencia sino la supervivencia. Y sin embargo..., el problema catalán continúa estando ahí, y lo seguirá estando, conectado con nuevos problemas: sanitario, económico, de debate público; y activando sentimientos de comunidad o de hostilidad o de anarquía o de confianza o de impotencia. Por no hablar de que en *el verano en curso* se menciona una crisis "constitucional o constituyente", "con o sin" una puesta en cuestión de la monarquía: un hito más en una cadena de sobresaltos.

Una apuesta (pascaliana) por "poner un poco de orden"

Contra ese telón de fondo, complejo y cambiante, se le plantea al observador que haga suyo el papel de un observador participante la posibilidad de "hacer algo" para entender y poner orden, por lo pronto, en, el problema catalán. Y al llegar a este punto podemos hacer las apuestas. Podemos apostar que esta situación de "provisionalidad embarullada" se mantendrá unos años; o que se despejará en un plazo muy breve, en un sentido u otro. Por mi parte, y al escribir este ensayo, apuesto por interpretar los indicios que apuntan en la dirección de un mantenimiento del barullo durante algunos años.

Apuesta hecha en clave, digamos, pascaliana (Pascal, 1950 [1658]: fragmento 233). Porque si pierdo la apuesta, y el problema se resuelve relativamente pronto, y a la satisfacción de la gran mayoría (como ocurrió con la transición democrática española, por ejemplo), bendita sea la pérdida (y rectificaré mi diagnóstico con gusto). Pero que ocurra así me parece improbable, dado el carácter de los protagonistas políticos, los sesgos de las elites y el desconcierto del público; y dado que, el que fuera factor sociocultural clave de la transición, el "consenso entre las dos Españas", parece que no se aplica.

Pero si gano la apuesta por poner ese "poco de orden", por un tiempo, en este caso, cabe albergar la esperanza de que, entre todos, aprovechemos este tiempo provisional para hacer las cosas un poco o un bastante mejor, de una forma u otra. Lo cual sugiere un abanico de al menos cuatro posibilidades.

Primero, seguir haciendo las cosas de una forma mediocre pero llevadera. Porque, por ejemplo, los políticos y sus *establishments* correspondientes se acostumbren a convivir entre sí, con su dosis de compromiso cotidiano y de barullo bajo control; y vayan descubriendo dos cosas: que no son tan

[5]En Bélgica, entre el 10 de junio de 2007 y el 26 de mayo de 2019 (unos doce años) hubo 1.163 días de gobierno en funciones; en España, entre el 20 de noviembre de 2011 y el 7 de enero de 2020 (unos ocho años) ha habido 405 días de gobierno en funciones.

poderosos porque el mundo va casi solo, pero que pueden ahorrarse la sensación de impotencia fingiendo que lo controlan.

O, segundo, de una forma mediocre pero más bien agitada. Porque les tiente demasiado la caída en el cainismo, y vuelvan (incluso casi como sin darse cuenta) a las viejas rutinas belicosas de las izquierdas y los centros y las derechas, de arribas y abajos, de dos siglos. Y vuelva el eco de los varios franquismos acomodaticios y bien atentos a agarrarse a los resortes y las minucias del poder, bajo sus aires altisonantes de unidad patria. Y vuelva el eco de las tergiversaciones del caciquismo y el clientelismo y el chanchullo de tantas variantes del liberalismo conservador y del radicalismo populista de ocasión, salpicados de raptos (sobreactuados) de indignación, y llamadas a perseguir los convenientes chivos expiatorios. Todo ello acompañado de la consiguiente degradación de la conversación cívica.

Bien, tercera posibilidad, de una forma, digamos, más potente. Que, por una parte, puede ser funesta (como la de Ícaro, quemándose las alas), si se da en el escenario imaginario de un gran teatro del mundo en el que desplegar una estrategia beligerante de conquistas y proyectos heroicos y delirios de grandeza. Pero que, por otra parte, puede ser positiva (como la de Dédalo, en contraste con Ícaro: Pérez-Díaz, 2019), si se da en una clave pacífica, animosa y sensata.

Porque en este caso se abre la cuarta opción: la de apostar por dar un testimonio inspirado por la posibilidad de, y el impulso normativo hacia, una comunidad política entendida como *un espacio de amistad cívica*. Por qué no un intento, y al menos un testimonio. Al fin y al cabo, como recuerda Salvati, mantener la *vox clamantis in deserto* sólo requiere un poco de testarudez, coraje y paciencia. A lo que añadir un toque de ingenio, al modo sugerido por Baltasar Gracián, como "ponderación de las contrariedades" (1993 [1642]) – que permita discernir, en el obstáculo, un punto de apoyo.

Pero si en el obstáculo mismo buscamos un apoyo, es, en buena parte, porque no contamos con un sólido punto de apoyo en nosotros mismos. Y esto me lleva a dar un rodeo, muy sucinto, en torno al tema general de lo que cabe llamar nuestra inseguridad existencial básica.

1.2. Un trasfondo de supervivientes transitorios, inquietos por durar

En la época moderna vivimos invadidos de noticias, y sin saber cómo contener esa invasión. Para Hegel, la "lectura de los periódicos" venía a ser la "*oración* matinal del hombre moderno", la cual le situaba en el mundo, a cada momento, en su continuo proceso de cambio. Pero tal vez debiéramos reconsiderar esa lectura (y la exposición a otros medios de comunicación) como "la *alucinación* cotidiana (mañana, tarde y noche) del hombre moderno". Que ya no sabe a quién rezar y sigue sin entender lo que le ocurre; y a quien, apelar a la razón de la historia y las leyes de la dialéctica, sirve de poco. Porque, como Santayana sugería (1998 [1911]), la dialéctica hegeliana puede ser vista como el sucedáneo de una historia tragicómica de la experiencia humana, la cual nos ofrece, no una lectura inteligible de la razón en la historia, sino un enigma continuo, lleno de sorpresas. Sorpresas inevitables; sucesos entre imprevistos e inesperados.

Pero el error de Hegel no era solo el de atribuir una estructura racional al sucederse de los acontecimientos, sino que se extendía al significado de la experiencia misma de la lectura del periódico. La cual, de hacer patente algo, es la mezcla de su razón y su sinrazón. La sinrazón de imaginar que la recepción más bien pasiva de una combinación, por un lado, de "hechos" ajustados a los marcos interpretativos (con frecuencia banales y manipulativos) de la prensa del momento, y, por otro, de las "exhortaciones" de los líderes y los intelectuales de turno, encaramados a sus púlpitos y revestidos de sus ornamentos seculares; exhortaciones que pueden considerarse como un simulacro de oraciones.

En busca de un "nosotros"

Una verdadera oración exige, sin embargo, como se sabe, y se practica, desde los tiempos axiales, un *relaxed field* (Bellah, 2011): un espacio donde desarrollar, con cierta calma, una reflexión y un impulso moral *sui generis*, un diálogo interior y un diálogo con el entorno y con alguna forma de realidades últimas. Todo lo cual, a su vez, requiere un silencio, un saber escuchar, y una distancia del ruido y los afanes del debate público y el medio de comunicación de turno.

Es en la experiencia de esa lectura/oración/diálogo donde intentamos aplicar, como podemos, a la historia humana, contingente y sorprendente, de las noticias, un marco interpretativo más o menos razonable. Lo aplicamos combinando reflexión y observación, con el detalle de innumerables fragmentos de verdades (científicas o de sentido común) contrastadas o (más aún) por contrastar, y todo ello (de manera más o menos consciente) en el contexto de alguna narrativa mitopoética relativa al relato histórico y la vivencia de realidades últimas, cuya raíz religiosa, aún bien visible, ha sido sometida, a lo largo de algunos siglos recientes, a un proceso, sólo logrado a medias, de simplificación y secularización.

Probablemente hacemos hoy ese intento porque estamos empeñados en situarnos en un proceso de "totalización" [6] del que seríamos, o querríamos sentirnos, parte. Lo intentamos, siendo, o imaginándonos ser, parte de un *nosotros*, una comunidad que parezca sernos, en grado suficiente, abarcable, accesible, comprensible. Comunidades de creyentes o incrédulos; muy modernos, muy de esta época, o no tanto; de derechas, de centros o de izquierdas; de una tribu u otra.

Pero, además, y desde hace ya algunos siglos, en varias partes del mundo, nos enredamos con el nosotros de las comunidades políticas, o estados naciones. Lo hacemos empeñados en buscar y encontrar en ellas un nosotros del que formar parte y con el que estar vinculados, y que nos proporcione los nombres, nuestros y de las cosas, junto con un modo de manejar el tiempo, y vislumbrar un origen y un futuro; y un modo de sentir el paisaje, permanente, nosotros, meros transeúntes, meros supervivientes transitorios.

Como si con estas heurísticas simples (un mundo ordenado por "naciones") pero cargadas de connotaciones tan profundas como confusas, aparentemente fáciles de entender y dadas por supuestas, el todo (y nuestra ubicación en ese todo) se nos hiciera inteligible y accesible (¿a nuestra comprensión?¿a nuestra influencia?). Y de ese modo se nos diera una presencia, y, sobre todo, un potencial de agencia: de agencia personal y de agencia colectiva. Capaces de tomar decisiones propias; capaces de hacerse respetar; capaces de hacer cosas: en definitiva, dotados de una dirección y un sentido. A ese sentido es a lo que aluden, continuamente, inevitablemente, los *simbolismos* de nación, o de país, o de patria, o de madre-patria – o de madre-tierra (a la rusa...), o de hogar y tierra.

Ocurre así que, en medio del ruido cotidiano abrumador del espacio público, con su retahíla de sucesos-noticias, se da, a veces, un momento de silencio para descubrir ese sentido del nosotros. Es cierto que ese descubrimiento puede ser desdeñado por los intelectuales supuestamente racionalistas de la época como expresión de "emocionalismo". Pero puede ser percibido, también, como un momento de

[6]Por usar, fuera de su contexto, los términos de Lukacs (1960 [1923]), con los que quería resaltar el sentido (y la dirección) del proceso revolucionario para sus protagonistas como observadores y partícipes del mismo.

emotividad intensa y como una suerte de milagro por muchas gentes del común y por no pocos "ilustrados benévolos"; que lo vean desde una actitud, más positiva, de gratitud y de interrogación.

Gratitud, justamente, porque, tal vez, ese momento, ese silencio singular, sitúa a las gentes en el contexto de unas relaciones que, incluso si parecen a primera vista un poco extrañas, pueden ayudarles a construir o reconstruir un relato que necesitan. Me refiero a tres tipos de relaciones: con los poderosos; con "los nuestros"; y con (percepciones confusas de) sujetos trascendentes, y con frecuencia esquivos.

Primero, les coloca a cierta distancia del poder, de unos poderosos con los que resulta cada vez más difícil identificarse. Las elites, con la modernidad, se autoafirman; son otro mundo, y pretenden asegurarse el control de las cosas. Pero esa autoafirmación tiene su reverso. Ahora, en todo caso, tienen que jugar un papel de líderes que, por muy carismáticos que traten de ser, y de guiar y cuidar de su público, deben responder ante ellos antes o después. Los reyes absolutos (Luis XIV, Federico II, y/o sus sucesores, y tantos otros) tienen que aprender a jugar *el doble juego* de "el estado soy yo" y "yo soy el primer servidor del estado". Y cuando son sustituidos por los parlamentarios de turno, estos elegidos del electorado (y sus maquinarias partidistas y clientelistas), por muy remotos que intenten llegar a ser, vuelven al (mismo) doble juego, y tienen que acabar rindiendo (las mismas) cuentas.

Segundo, ese mismo momento permite recuperar la conexión de las gentes con "muchos" a quienes reconocer como compañeros de viaje en un camino de experiencias con frecuencia desconcertantes: como pueblo, sociedad, masas, clases, gentes... Serán "el pueblo en armas", o "la unión sagrada", o "juntos en momentos de crisis" (¿una guerra, una recesión, una pandemia?), o "un país capaz de grandes hazañas", o "un país que ha sufrido mucho y sobrevivido a sus infortunios". Serán eso... o tendrán el sentimiento de "no ser".

Y tercero, nos sitúa, en definitiva, en una situación de relación extraña, como de personajes en busca de un autor. A la búsqueda de un relato, con su lenguaje mitopoético correspondiente, el cual no suele ser el que sugiere el relato moderno de la secularización, sino otro más complejo.

Dando un paso más por esta senda (que creo necesaria para hacer justicia a la profundidad y la importancia de un tema que no es asunto meramente "de pactos y compromisos pragmáticos, y leyes y declaraciones"), diría, tentativamente, que se trata de un lenguaje y un relato con el que referirnos a los sentimientos de *implicación en, y pertenencia a, y relación con*, entes o entidades extraordinarias, preternaturales o sobrenaturales; misteriosas pero inevitables; y centrales en toda o casi toda la experiencia social y política de la que hemos tenido y seguimos teniendo constancia. Relaciones con entes que parecen como moradores en el tiempo y más allá del tiempo; en un paisaje próximo, y en un recuerdo lejano, y en un futuro indefinido. Entes a los que podemos llamar comunidad política o proyecto histórico o patrias o naciones o países o civilización u occidente o aldea global o humanidad. Siempre con connotaciones religiosas o criptorreligiosas.

Conviene reconocer que, a pesar de todos esos nombres, las gentes siguen, seguimos, sin acabar de identificar con claridad tales entes, como si sólo pudieran ser entrevistos, mencionados, evocados, adivinados, interrogados. Ellos, con nosotros. Como si ellos no fueran concebibles sin nosotros, y nosotros, sin ellos. Como si ellos estuvieran más allá del tiempo presente: en el pasado, en el futuro, en simbolismos enigmáticos. Nosotros, los individuos del aquí y el ahora, con nuestro bagaje a cuestas de supervivientes transitorios, y, por tanto, a cuestas con la nostalgia de *quedar*: un quedar agarrado a la realidad, por la que nos deslizamos. Con la nostalgia de escuchar y mirar, y de que nos escuchen y nos miren, siempre. Desde nuestro estar-ahí, quedar-ahí.

Por eso necesitamos (y en el fondo, agradecemos) ese silencio, ese paréntesis en el ruido continuo, para escuchar y mirar lo que hay: que es lo que ya-está-ahí porque ya está hecho, y hecho por otros. No para ser inventado, sino encontrado. Lo que incluye a lo extraordinario, lo divino, los dioses. En realidad, más encontrados, a través de testimonios, que inventados: encontrados al modo politeísta, egipcio o romano, veterotestamentario o cristiano, budista o musulmán. En un diálogo a medias, al tiempo diálogo interior, diálogo de múltiples voces, polifonía. Por lo que todo está-ahí, y todo está cerca y conectado. Dioses y hombres y cielo y tierra (el *Geviert,* la cuadratura clásica de Heidegger 1975 [1951]). Y está-ahí en, y a través de, nuestros encuentros con mares y montañas y tierras de labor y bosques; y con otros humanos, semejantes y distintos; y con sus símbolos. Y, justamente por ello, encuentros con las patrias, paisajes de padres, y con las madres-patrias, paisajes de madres, y con las naciones, paisajes de nacidos y de los por nacer, de las generaciones siguientes guardianes de nuestra memoria. Y con los dioses protectores y en su compañía, silentes y ausentes. Que se hacen presentes, O presentes como ausentes: porque se les echa de menos, se les evoca, se les reprocha, se les teme, se les interroga, se atiende a su silencio. Tales reproches y preguntas no son cosa de intereses y de ideas, de datos y de cálculos; sino cosa de vivencias y percepciones, y pensamientos combinados con emociones súbitas y sentimientos prolongados. Sentimientos de que *con ellos* quedamos, y *sin ellos* carecemos, y cada "nosotros" carece, de asidero.

Es en ese estar-ahí donde se da el encuentro de nosotros, supervivientes transitorios, con situaciones, o complejos de relaciones entre seres y cosas, que parecen irse y volver, y que parecen quedarse, o poder durar; de lo cual los ruidos y los susurros, y las astucias tacticistas de la política no son sino epifenómenos. Ecos de las cosas; experiencias inquietas de la resistencia/realidad de las cosas por parte de unas gentes que intentan durar, y quedarse. Ancladas en la necesidad de aferrarse a, y expresarse a través de, una comunidad política que permanece. A la búsqueda de una comunidad política que calma, o parece que calma, esa inquietud: un nosotros en medio del desorden (local, europeo y/o mundial).

Aumento de la inseguridad en tiempos de crisis

Y con esto, aterrizamos en el aquí y ahora, y volvemos al tema inicial. Y a las situaciones históricas determinadas entre las que se encuentra, vista de lejos casi como una anécdota, y vista de cerca como un asunto existencial primordial, la situación compleja y cambiante del alboroto en la escena europea y del caos español provocado por el problema catalán (y dejando por el momento aparte la aportación al caos que suponga la pandemia, y otros incidentes, en curso).

En estas circunstancias, ¿nos proporcionan aquellos simbolismos de la comunidad política una mera percepción confusa, o nos dan un sentido? Quizá, sobre todo, lo primero, la percepción confusa, cuando... Y aquí podemos introducir varios escenarios (muy actuales) de la pérdida de sentido que se da, por ejemplo, cuando nos encontramos con una historia anterior que apenas se comprende; rumbo a un futuro que nos fascina pero se desconoce; el manejo de una economía que nunca acaba de ordenarse; o una política que casi tranquiliza cuando funciona a medias, porque cuando despliega su intensidad (y se empeña en subrayar su carácter teleocrático, su puesta al servicio de un proyecto: Oakeshott, 2000 [1975]) puede ocurrir que sea funesta. Y en general, cuando, en definitiva, y en todos esos terrenos de actividades humanas, nos encontramos con un espacio público en el que un estamento superior perora y una masa de la sociedad murmura, de tal modo que la voz de esa sociedad, a pesar de ser probablemente muchas veces razonable, rara vez se deja oír. En tales circunstancias, toda conversación cívica no puede ser sino frágil, y esta fragilidad, poco menos que inherente a nuestra condición.

Creo que alguna variante de esta *humildad* básica, antropológica, anclada en la conciencia de la fragilidad de nuestros debates públicos, puede ayudarnos a encarar este momento histórico de incertidumbre. Ayudarnos a ir tanteando el terreno de la política y las políticas públicas sin ser demasiado dogmáticos, ni ofuscarnos tanto como para no ver, por ejemplo, lo que está ocurriendo, no con su "razón de la historia" sino con sus razones más modestas.

Por lo pronto, las modestas razones de una Europa setenta años todavía haciéndose, y lo que le queda. Y ahora, una Europa post-Brexit, que finge que, libre al fin, está a punto de coger el tren dispuesta a salir para una próxima estación, y sospecha que no están colocados los rieles; y que no sabe, por tanto, si ver su futuro con buen ánimo o en estado de queja continua. Quizá porque echa de menos un pasado que se ha dejado olvidado en alguna parte.

Y, yendo a algo más lejano, las razones dudosas de un conjunto de Occidente atento a las de una *America, first* (el *leitmotiv* del presidente Trump), que se postula como faro del mundo, estimulando a todos a luchar y triunfar "para ser todos los primeros de todos" – estimulante enigma. Porque según él, hay que ser el primero de hoy, y más que del hoy, del mañana, y del más allá y más allá. Y en el camino, quizá perdiendo el rumbo, y el decoro. Siempre a vueltas de un debate público sobre cómo elegir entre males mayores y menores.

Y, mirando a lo próximo, con esta España de cuarenta años de transición y consolidación y vida democrática, y tantas veces "puesta a prueba", y sin acabar de pasar la prueba (Pérez-Díaz, 1996). Abocando ahora, incluso, con un amago de retorno a una variante de los perturbados años treinta del siglo pasado. Donde parecería rondar la sombra del agujero negro de las consabidas y siempre falseadas dos Españas, y antes, de las agitaciones de dos o tres siglos, con la invasión por un imperio ajeno (tan ilustrado) y la pérdida de un imperio propio (tan melancólico), y antes, del hacerse en la conquista, y la reconquista a ritmo lentísimo; y todo ello con el contrapunto de tantas experiencias luminosas y, sin embargo, con una memoria tan diluida de ellas.

Y ahora en todas partes con los populismos del momento protestando; y las oligarquías activas y entretenidas, pero sin perder el norte; y las clases medias y trabajadoras viviendo al día. Y los espíritus inquietos y brillantes, todo el tiempo innovando y aprendiendo a aprender lo que tendrán que olvidar casi sobre la marcha para aprender otra cosa. Y con buena parte de la industria de la cultura (como suele llamarse) anticipando el eterno momento, triunfal y terrible, del borrado último del contenido del ordenador de turno,[7] como el de la escena de los caídos de las Torres Gemelas de Nueva York, caídos de uno en uno, desconectados unos de otros, y a quienes se les ofrecerá el homenaje extraño de un hoyo más profundo y un rascacielos más alto. Como si aparentemente se quisiera dejar a los humanos sin el consuelo de la resurrección, como hubiera podido recordarnos Soloviev (1900: 140).

Pero es hora de volver más en concreto a *nuestro aquí y ahora,* y afinar la apuesta atendiendo a las oportunidades y los riesgos: a las oportunidades de las críticas, y a los peligros de la tergiversación; centrándome en el problema catalán, y aportando un testimonio personal.

2. La búsqueda realista de un espacio de amistad: el ejemplo catalán

En estos tiempos del coronavirus, de riesgo máximo y de ignorancia, suma, la pandemia se combina con una situación económica límite; y mientras el virus y la crisis cuestionan nuestra supervivencia, el debate

[7]El equivalente a un *delete* final, la supresión final del texto en el archivo.

político, tosco y crispado, genera desconfianza, y sus efectos en la vida social y afectiva son percibidas confusamente. Todo contribuye a aumentar la sensación de desconcierto, estar en un laberinto y asistir, casi inmóviles, a un baile de sombras que giran en torno nuestro, en un clima de prisa, incredulidad y pasmo.

Pero, por otra parte, estar en un laberinto y casi sin movernos puede tener su lado positivo. Séneca decía que "a los que corren en un laberinto su propia velocidad les confunde" (*Carta XXXVII a Lucilio*). Ergo, hagamos una apuesta: aprovechemos estar parados y perplejos para razonar y no para correr, obedeciendo las órdenes de mando de noticias y consignas repetidas *ad nauseam*. Evitemos la trampa de creer que el mundo de las incertidumbres se aclara cuando de su oscuridad se culpa al enemigo político de turno, y usemos de la circunstancia para razonar en clave de conversación, acotando el tema, centrando la atención, convirtiendo la dificultad en oportunidad y aportando nuestra propia experiencia. Y justamente un ejemplo de estos problemas sobre los que razonar juntos, aquí y ahora, es el problema catalán.

2.1. Una experiencia de nostalgias, desencuentros y aprendizajes

Nostalgias de medio siglo

Soy un respetuoso admirador de las muchas virtudes catalanas. De una Cataluña que inspira profunda confianza y se puede ofrecer como guía (parcial, pero ¿quién puede aspirar a más?) para quienes andan perplejos. Una Cataluña que es referencia de capacidad de negocio y de negociación, disfrute con lo cotidiano y visión a largo plazo, pragmatismo y sentimiento, detalle *belle époque* y gran diseño, viajando muy lejos y apegada a la tierra. Una Cataluña, en buena medida, casi prototipo de sociedad civil "civil" (y no "incivil"), al menos en su sentido restringido de mercados y tejido asociativo.

Cataluña, tan probada, y con tan duras pruebas, por una historia milenaria. Lograda, con cierta frecuencia. Tan capaz de jugar la carta de quedarse aparte, y la de ofrecer un trato. Tanto que aprender de todos, y todos de ella: tanto más una España necesitada de la mejor Cataluña, devota que fuera de la libertad y la grandeza de ambas, y, si fuera posible, en el mejor sentido del término, de grandeza sin vanagloria.

Recuerdo mi primer encuentro con Cataluña, en los años cincuenta y sesenta. Descubrimiento de Barcelona, paseos por las Ramblas, sol, mar, hospitalaria. Gentes atentas a sus cosas, independientes, capaces, fiables. Leyendo *Els altres catalans* de Francesc Candel (1964); mientras estudiaba la emigración del campo a la ciudad vista como clave de la transformación del sistema autoritario-burocrático, franquista-bonapartista español, a través de una mutación de los campesinos. Que no eran el "saco de patatas" que creía (sin fundamento) el Marx del *18 Brumario*, sino un conjunto de gentes (las que yo iba conociendo, castellanas, leonesas, navarras, extremeñas, andaluzas, por mi trabajo de campo) con mucha mayor capacidad de agencia. Para ser sedentarios, o para ser nómadas. Con sentido de su propia honra; y horizontes abiertos a golpe de esfuerzo, sin lamentos ni aspavientos. Que se iban convirtiendo en parte, quizá sustancial, de una clase obrera portadora de promesas difusas.

En los años sesenta y los siguientes, el horizonte es incierto, pero no tanto: porque hay una lógica de la situación, bastante obvia, que marca la senda de Europa (democracia, mercado, tejido asociativo plural), de la que España, a esas alturas, no puede, no sabe, no quiere, no imagina siquiera desviarse. En lo que me concierne, en la primera mitad de los setenta estoy en los Estados Unidos, otro mundo, y la vuelta a España me sumerge en la transición, la teoría y experiencia de la sociedad civil, ligada a la emergencia de esa España democrática. Y es entonces cuando Cataluña parece, más que nunca, crucial.

Crucial no para sí, sino para todos. Es lo que se corresponde con un "momento Tarradellas" que algunos entendimos hubiera podido fusionarse con un "momento Roca" (en torno a 1984: de Miquel Roca uno de los llamados "padres de la Constitución", de 1978) cuando el segmento catalán ansioso siempre por "conquistar España", a la Jaime I ("el Conquistador"...) , amaga con dar el paso de liderar (a medias, a distancia, pero de un modo que parecía muy creíble) un Partido Reformista a escala española. Parecía el momento propicio para una reunión de "ilustrados benévolos", suficientemente realistas como para acompañar y semi-persuadir a unas masas llenas de buen sentido hacia... ¿Hacia la tierra prometida de un algo más que la mera conllevancia? ¿Hacia una noble tarea y una noble conquista, ligadas a un proyecto de modernización complejo y ambicioso, ilustrado y benévolo?

Pero este momento, a última hora, es testigo de un desistimiento, un echarse atrás, y lo que parecía una decisión existencial de coprotagonizar España, con un rumbo aún por precisar, se acaba convirtiendo en lo contrario, en una decisión por alejarse de ella. (Lo que implica, por lo demás, un lógico desconcierto en un mundo empresarial acostumbrado a una expansión continua de su influencia en España, vista como posible y deseable desde tiempo inmemorial, y casi siempre con el apoyo, tácito o explícito, de los políticos nacionalistas.)

Y he aquí que, como de repente, tres, cuatro, décadas después, a comienzos del nuevo siglo, un golpe de timón, una oleada, un viento y... ¿las cosas cambian? ¿todo es puesto en cuestión? ¿casi radicalmente? ¿como si bastara una combinación de tacticismos partidistas para mostrar que todo lo anterior había sido una ensoñación?

Desencuentros recientes

La verdad es la realidad descubierta (*aletheia*) que surge cuando se rasga el velo que habitualmente la oculta. A veces se rasga con un encuentro, y a veces, con un desencuentro.

Para hacer una historia larga, corta, me encuentro en Barcelona en julio de 2012, tras algunos años de crisis económica y de debate estatutario, y con el trasfondo de una clase política con escasa autoridad moral y un tanto de ansiedad sobrada. Hablando ante un público catalán no cabe más ilustrado ni benévolo. En un lugar más que propicio al diálogo entre posiciones bastante encontradas, con una cautela de respeto por las costumbres del *establishment* en sus diferentes formas, manteniendo las desviaciones dentro de un cierto orden, con una retórica oscilante entre semi-transgresora y más bien moderada. Las buenas formas de gentes con un agudo sentido de la oportunidad, y del bien entendido interés, e incluso, al final, la claridad del desacuerdo cuando las cosas son las que son. Puertas abiertas.

Por mi parte, creo estar en un terreno familiar. Con una historia de estancias docentes, tratos profesionales continuos, amistades genuinas, viajes frecuentes, conversaciones confiadas.

Y presento un texto que, entiendo, es de datos contrastables y de conclusiones razonadas y de interpretación abierta, como parte de una tradición de investigación académica de varios años. El texto viene a subrayar la complejidad, incluso la ambigüedad, de la sociedad española y la catalana sobre el tema del ajuste de Cataluña en España, y subraya un potencial de moderación y compromiso en lo que se refiere a las disposiciones y los sentimientos de los ciudadanos corrientes. Identidades complejas (que muchos políticos simplifican), argumentos matizados sobre la sustancia de las políticas económicas y sociales (que muchos políticos distorsionan) y actitudes (muy) favorables a guardar las formas civiles del debate (que muchos políticos ignoran).

Todo lo cual yo imaginaba que nos preparaba para un diálogo sereno entre posiciones encontradas, acotando contradicciones, posibilitando compromisos, rebosante de comprensiones mutuas. Ilustración y benevolencia a la manera de hombres de letras de fines del XVII y comienzos del XVIII, atentos al horizonte del mejor de los mundos, quizá a que si las cosas no son como deben, están a punto de serlo. Quizá con excesiva ingenuidad. Aunque, si se me permite la expresión, ¡gracias a Dios!, recibí una lección de realismo sobre la marcha.

Porque he aquí que me encuentro con tres críticas que me cogen de improviso y me suenan a tres rechazos frontales, radicales, del diálogo, y en cierto modo de la interlocución.

Muy sucintamente. Tuve tres comentaristas de mi intervención. El sumario de lo que me dijeron, o yo entendí que me dijeron, es éste. El primero afirmó que los datos de encuesta que presentaba no eran correctos, a la vista de otros datos que los contradecían. El segundo, que, aunque esos datos de encuesta fuesen ciertos, eran de un interés muy secundario, porque lo importante para la política no estaba en las respuestas a las encuestas sino en las movilizaciones en las calles. El tercero que, aunque los datos fuesen ciertos y mis comentarios razonables, unos y otros eran, en último término, irrelevantes por inoportunos: porque el tiempo del diálogo había pasado.

Así pues, mi presentación era irrelevante, ergo, cabía pensar, mi presencia lo era, y la invitación que se me había hecho era un malentendido, o quizá, por mi parte, una ensoñación.

Confieso que me sentí ligeramente incómodo. Quizá esperaba otra cosa de lo que entendía de manera anacrónica, casi homérica, como las reglas de la hospitalidad mediterránea. Cosas de recuerdos de la infancia, como diría el Antonio Machado (*Proverbios y Cantares, XVIII*) del "¡ah, cuando yo era niño soñaba con los héroes de la Iliada!" Con héroes que eran rivales, pero compañeros de armas. Cosas de infancia, que se deja llevar de una imaginación que abre un abanico de posibilidades (Gopnik, 2009), y de sueños. Cosas con su punto de ingenuidad, y su punto de sabiduría de poetas.

Pero lo cierto es que, con el tiempo, madurando, y con un poco más de reflexión, he cambiado, y mucho, de actitud. Entiéndase: no me desdigo del énfasis en el diálogo y en la complejidad. Menos aún renuncio a la infancia o a la poesía. Pero me temo que no bastan. Porque debo reconocer que aquellas tres críticas me han resultado muy instructivas. Y las agradezco en mucho, por enseñarme cosas que no habría aprendido sin ellas.

Críticas percibidas en el momento como injustas porque no atendían lo suficiente, a mi juicio, a lo que les estaba diciendo, ni a lo que quería decir, la intención de mis palabras, ni a su contenido; pero que ampliaban el contexto y el recorrido de la discusión, y tenían, por tanto, un componente emocional y racional, del que aprender. Es "la ventaja de las críticas injustas": que pueden sernos útiles y, siendo injustas, no serlo tanto.

Aprendizajes posibles

Podemos aprovechar las críticas para iniciar un camino de aprendizaje, que, por ponerle nombres, llamaré el de los objetos de análisis, los rechazos ambiguos, los malentendidos mutuos y las realidades fluidas, y los motivos de cautela y esperanza.

Un primer aprendizaje es el de que, si no llegamos a ser compañeros de diálogo con los otros, porque nos falla la empatía precisa para comprender lo que dicen y lo que quieren decir (la regla de la caridad de Davidson), al menos podemos tomar conciencia de ese fallo. Y desarrollar el ingenio para convertir

el diálogo imposible en una oportunidad de entender al otro como un objeto de análisis, y, de paso, auto-analizarnos.

Al conseguir así cierta distancia respecto a nosotros mismos, gracias en parte a no esperar ya demasiado del diálogo ni esperarlo demasiado pronto (pero sin permitir que nuestra curiosidad decaiga), podemos darnos cuenta de que los otros ponen de relieve temas interesantes; y aprovechar sus razonamientos para enriquecer el nuestro.

Lo cual, en mi caso, significaría que sí: que debería haber anticipado, y comprendido, el rechazo frontal, de entrada, a mis "buenos consejos". Debería haber imaginado que lo que para mí era, en cierta medida, una cuestión teórica, en el fondo lejana, visto de cerca era un asunto existencial, mucho más próximo y dramático. Era como si con su rechazo me estuvieran diciendo: "Este hombre no se ha enterado de dónde está y cómo somos y cómo nos sentimos sobre esta materia. Pues se va a enterar." E ítem más: "Ni se ha dado cuenta cabal de lo mucho que han cambiado las cosas en los últimos años, y hasta dónde han llegado nuestros sentimientos de rechazo a la indiferencia con la que, creemos, nos ven desde Madrid. De rechazo a ese descuido crónico de lo que, o es supremamente importante, o nos hemos convencido de que lo es dando vueltas y vueltas en torno a un tema que nos afecta, y mucho. Y ya sólo con que eso sea así, a cualquiera que esté atento, debería bastarle." (Comillas del autor, escena imaginaria.)

De lo cual se deduce un segundo aprendizaje. El de que el rechazo (el reproche) puede contener un componente emocional y cognitivo positivo, y estimulante. Y ser tratado como un fenómeno ambiguo: de rechazo, pero también de invitación a una lucha por el reconocimiento de la que quizá brote un mayor entendimiento mutuo. Entender, por ejemplo, que parte de lo que ocurre es que estamos ante gentes que reclaman más atención a su condición de sujetos.

Un tercer aprendizaje sería comprender que, en el fragor del debate, solemos asistir al fenómeno de pérdida de visión del otro, o, dicho de otro modo, de infravaloración de su realidad. Y ello, por ambas partes. Con lo cual los malentendidos mutuos pueden encadenarse, reforzarse unos a otros, y generar un ambiente de creciente confusión.

Por ejemplo, quizá los no independentistas apenas se dan cuenta de la fuerza de los sentimientos y los simbolismos de los (dos millones de) independentistas catalanes; ni éstos se lo dan, a su vez, de la de los sentimientos y los simbolismos de quienes se identifican como españoles y constitucionalistas en Cataluña (también dos millones, y dejando aparte al resto de España). Al mismo tiempo, quizá muchos no independentistas se sienten aún, de alguna manera, *els altres catalans*, perteneciendo a una sociedad subordinada, de hecho, a la sociedad hegemónica que controla la economía, la vida social y la cultura, formada por catalanes de ascendencia y lengua materna catalanas; aunque, por otra parte, es obvio que tal hegemonía está limitada por las instituciones y autoridades estatales. Y a su vez, todos estos sentimientos encontrados suelen ir cambiando como resultado de su entrecruzamiento con los intereses más variados.

En definitiva, aunque las partes en el debate son, ambas, realidades resistentes y celosas de su identidad, son también realidades complejas y fluidas. Y, por fluidas, un tanto turbias: siempre pendientes de aclararse. Tanto más cuanto que unos y otros viven, y conviven, en un diálogo cruzado de unos con otros, y consigo mismos. Con qué se identifiquen, no es tan sencillo de saber; y parece probado que muchos tienen alguna forma de doble identidad (española y catalana, por no hablar de una identidad europea).

Llegados a este punto cabe dar otro paso, y otra vuelta de tuerca al razonamiento, e introducir, como cuarto aprendizaje, una cautela y un motivo de esperanza.

Comenzando por hacer memoria y recordar las enseñanzas de una tradición cultural de al menos algunos milenios acerca de la experiencia del bien y el mal, la paz y la guerra, el amor y el odio. Que nos viene a decir que, en el drama político del momento (actual), las relaciones ambivalentes pueden decantarse tanto por la enemistad como por la amistad. (Aparte la posibilidad de que se decanten por un estado prolongado de bipolaridad o esquizofrenia.) Mucho depende, un resultado u otro, de que las gentes se dejen guiar de su sentido común y sus mejores sentimientos morales, o se dejen llevar del deseo de explotar, dominar, humillar y adoctrinar a los demás. En el fondo es así de simple. A este respecto, en el siglo XVII los observadores de la sociedad solían ser más pesimistas que los del siglo XVIII. A la vista de nuestra experiencia del siglo XX quizá debamos considerar que se trata de una cuestión abierta.

La cautela sería, pues, la de ser comprensivos, pero no "demasiado comprensivos". Lo más sensato sería ser "comprensivos realistas y razonables": a la manera de quienes van por partes, y atentos al contexto y a las posiciones de todos, y entienden que el juego es de largo alcance, y las etapas se suceden en un proceso. Al final (y *no* hay final definitivo), se trata de comprender por qué las gentes de cada "aquí y ahora" no son tan comprensivas, por qué se obstinan y se ofuscan y desconfían y se rechazan tanto, con tanta frecuencia e intensidad; y también por qué, a partir de un punto, el mero repetir "diálogo y diálogo" puede ser contraproducente e incluso sonar a falso. Y estar atentos para distinguir entre amistades verdaderas (obras son amores) y amistades falsas (meras palabras).

Motivo de esperanza es ya el sólo hecho de tenerla. Y con la esperanza, el rumbo y el impulso para recorrer la senda que nos lleve del terreno de las descalificaciones y acusaciones (de "liberticidas", "victimistas", "supremacistas", etcétera), al de un diálogo inteligente, que nos permita afrontar los varios problemas sustantivos, crisis y pandemia y otros, del momento. Tanto más graves y acuciantes, tanto más necesitados de buen juicio.

Ese diálogo paciente y lúcido, si se logra, y si "los hados son favorables", como decían los antiguos (los modernos suelen hablar de "tendencias"), puede convertirse en hábito. Y dar lugar a un espacio de respeto mutuo y de cooperación que a su vez nos aproxime al modelo de una comunidad cívica. Que se llame Europa, se llame España, se llame Cataluña, se llame de las tres formas al tiempo. Sin olvidar que la verdadera amistad no es el resultado de un pacto o un proyecto. Nosotros la invocamos. Y ella viene cuando quiere venir, gratuitamente. O no viene nunca.

2.2. Atentos a los focos de tergiversación, y elogio de lo insólito

La creación de, y el cuidado por, un espacio de amistad supone una faena continua, que incluye tanto manejar las críticas injustas o los ataques de un tipo u otro, como cultivar cierta forma de idealismo. Templar al animal, y apuntar alto. Conversar y contener la tergiversación, y soñar acuerdos.

Una conversación no suele ser una tarea fácil. No lo es la conversación (con frecuencia) implícita en los mercados (Pérez-Díaz, 2009), o en la ofrenda religiosa. Tampoco lo es en el terreno político, donde, muchas veces, el debate ofusca más que ilustra, y separa más que acerca. Tanto más cuanto más domina la presencia en él no de ilustrados benévolos sino de gentes voluntaristas y con una propensión a la

tergiversación y la confusión mental, bajo formas diversas, como pueden ser la del hiperrealismo mágico, los simbolismos borrosos, y la creencia en la omnipotencia de las ideas.[8]

Planteada la cuestión en términos generales, ello suele ocurrir con una variedad de políticos, elites, intelectuales. Por ejemplo, con lo que antes se llamaba la burguesía tradicional, así como con agentes políticos y culturales tales como los políticos profesionales, los intelectuales o los medios de comunicación. A su vez, la frecuencia de estas prácticas tiene mucho que ver con la importancia relativa del sesgo agonístico de los sistemas institucionales en los que operan: capitalismo, democracia de partidos, tejido de grupos de interés. Digamos, por simplificar, que esa sección de la burguesía acomodada (con su dosis de ilustración benévola) vive su vida, está atenta a su interés, y cree que, ocurra lo que ocurra, de una forma u otra (a ella) no (le) pasará nada y (ella) no sufrirá gran cosa. Sus gentes asisten a la política como cuando, en generaciones pasadas tal vez, iban a París, a ver teatro de *boulevard*. Esa sería la política en clave de teatro, en el proscenio, para el público, y más entre bambalinas, para los iniciados. En consonancia con lo cual, en todo es sincera, incluso en su no serlo del todo, y a casi todo le puede encontrar justificación: quizá un resabio de una mezcla de librepensadores escépticos y un clericalismo de confesión pro forma y penitencia ligera.

Y conviene recordar (sin ánimo de generalizar en exceso) que podemos encontrar que sus hijos rebeldes no son sino los rivales miméticos de sus padres. Opuestos y parecidos. Como los *soi-disant* revolucionarios postmodernos, propensos a moldear sus discursos según las circunstancias, tratando de transmutar su impotencia en omnipotencia, y decidiendo que las cosas son como las va marcando el guión o la trama del entremés o la tragicomedia de turno, con su propensión a imponerse y sin perder de vista su ventaja.

Así las cosas, bastantes políticos se pueden acostumbrar a dar a entender que son los autores de la creación continua del mundo, y que, con sus decires, hacen: el paro baja, la economía crece, la solidaridad se consigue, y los peligros exteriores se conjuran; mientras que con sus adversarios todo se malogra. Ellos serían como dioses cuya palabra creara y recreara el mundo. Si se quedaran en silencio, no saldría el sol. Tienden a transformar la política en un melodrama salpicado de arias desgarradoras o cómicas o triunfantes, de calidad variable; incluso seguida a veces de un merecido aplauso.

En general, en ese melodrama suele prevalecer el papel de los políticos como señores de la guerra. De hecho, el lenguaje de la política tiende a ser, desde tiempo inmemorial (aunque no siempre haya sido así), el de la dominación y la guerra por otros medios; y muchos políticos aspiran a ser reconocidos como "animales políticos", poco menos que animales de presa, mejor temidos (de cerca) que amados (de lejos). Mientras que, por el contrario, encontramos una plétora de testimonios de las gentes comunes en forma de respuestas a encuestas, por las que se pone de manifiesto que, aunque ven efectivamente a los políticos como beligerantes, en cambio, se ven a sí mismas como mucho más pacíficas. Un simple detalle: preguntados en una encuesta en 2012, el 72,1% de los catalanes y el 71,9% del conjunto de los españoles pensaba que, "en relación con las controversias sobre las autonomías, los nacionalismos, etc. en España ... la mayoría de la gente tendería a llegar a acuerdos, pero los líderes políticos tienden a promover el conflicto" (Pérez-Díaz, Mezo y Rodríguez, 2012).[9]

---

[8]Sobre la aplicación del hiperrealismo mágico a la escena política y social española, y sobre los simbolismos borrosos puede verse Pérez-Díaz (1996; 2008).

[9]Ello es congruente con otros datos sobre sentimientos de pertenencia (mixtos) y preferencias por diversas variantes de autonomía (graduadas), que facilitan compromisos; así como sobre el carácter de fracaso histórico (grave) y el riesgo de disenso interno (alto) que esa separación traería consigo (lo que supone anticipar los altos

Finalmente, cruciales en la configuración, y tergiversación, del espacio público, encontramos, con cierta frecuencia, un mundo de intelectuales y asimilados, protagonistas o partícipes en los medios de comunicación y la academia, que suelen ir por la vida mitad de buscadores de verdades y mitad de acompañantes meritorios de las elites políticas y socioeconómicas, poniendo las palabras (las cifras, los signos de exclamación, los relatos) en los labios de unos y de otros; acertando a veces, no siempre; útiles, pues, con alguna frecuencia – la utilidad de cuya inutilidad se confirma en que están ahí y obtienen recompensa suficiente para seguir estando. Aunque sea como coristas del coro, son espíritus inquietos que buscan, y suelen obtener, sus quince minutos de gloria.

De modo que sí: que, en la medida en la que unas pautas de tergiversación han podido prevalecer, el debate público de estos años se ha ido haciendo un tanto áspero; pero no tanto (y el matiz importa mucho) que nos haga olvidar el componente racional que ese mismo debate contiene. Un debate que, en el ejemplo escogido, con la relativa aspereza de sus tres rechazos, me decía y nos decía, que la mera exposición a los hechos no basta porque nos hace falta el marco interpretativo que da sentido a los hechos – e irlos acumulando así, entreverados de palabras, *sine die*. Y que importa, y mucho, entender a las gentes como agentes, y no como meros formuladores de respuestas a encuestas, ni (cabe añadir) depositantes de votos en urnas.

El tejemaneje de un diálogo que no sea un diálogo de sordos es cuestión ardua, y no basta invocarle y repetir el mantra de "diálogo, diálogo"; porque el diálogo real va y viene como un pájaro errático, y el asirlo requiere su empeño. Y porque, aun manejando a distancia el espacio público, todavía queda añadir el contexto de un comprender mejor, un empatizar más de fondo, un pararse a incorporar las críticas ajenas, una búsqueda de sentimientos comunes, un relato más largo, una paciencia mayor, un espacio de amistad, un nosotros más amplio. Y comprender que el fenómeno de la tergiversación del espacio público responde a una combinación de tergiversación sistémica y de proyectos y estrategias: una tergiversación sistémica ligada a diversas estrategias de dominación, explotación y humillación.

Elogio de lo insólito, y ¿una amistad imprevista pero no inesperada?

Pero a ello habría que añadir la posibilidad de un impulso positivo del espacio de amistad; y tampoco tan alejado, por lo demás, de la propia experiencia. Por ejemplo, en mi caso, en realidad yo debería haber recordado a tiempo (y no lo hice por un error de juicio del que no fui consciente en su momento) lo que me había ocurrido treinta años antes. A saber, que allá por los ochenta, en plena floración de lo que antes he llamado el momento Roca, escribí un artículo en *Diario 16* (1984) desarrollando la idea de que Cataluña, libre y capaz, se encontraba ante un abanico de opciones, entre el ensimismamiento, la separación y un papel protagonista en España, y cuán posible y deseable era que eligiera la de desempeñar un papel protagonista en la vida y la política española: todo ello compatible con su identidad diferencial, y con su identidad europea, y con su vocación global. Y me encontré con que tuve un comentario más bien elogioso por parte de un escritor, Ramón Barnils (1984), el cual (yo entendí que) casi me ponía de ejemplo a algunos de los propios catalanistas porque venía a creer en las opciones abiertas a Cataluña más de lo que parecían creer ellos mismos. De manera que, visto como un pro-catalán entre españoles reticentes e incluso, de algún modo, casi más catalanista que los catalanistas

---

costes del conflicto); y, finalmente, sobre la probabilidad de la separación de España (no muy alta, quizá el efecto de *wishful thinking* y/o de la expectativa del triunfo de la inercia y/o de una suerte de contención o prudencia de última instancia: se admiten apuestas...).

inseguros de sí mismos, me convertí a sus ojos en alguien insólito, al que mi comentarista reconvenía y criticaba, sin embargo, por un defecto de realismo, que, a sus ojos, me hacía pasar por encima de los "pequeños detalles" de la presión, que él creía abrumadora, de *"la Constitució als estatuts passant pel DNI, la Benemèrita, tres segles de submissió... i tota la panòplia estatal, administrativa i fàctica d'Espanya."*

A lo que ahora respondo, me temo que con un poco de retraso, que sí, que acepto su ironía mitad benévola mitad nunca sabré si quizá no tanto; pero, con todo ello, me considero y me reitero, aunque sólo sea por mor de la discusión, aquí y ahora, a mí mismo como insólito o desacostumbrado al menos en un sentido: en el de quebrar la costumbre de seguir aspirando a aquella famosa conllevancia (Ortega y Gasset, 1973 [1932]), que, despojada del aura de su nostalgia primera, y bajo forma ahora de acuerdos formales y de barullos recurrentes, se nos ha ido haciendo cada vez más insuficiente para lo que está en juego: el riesgo de la ruptura, y el caos que dejaría una espiral de desconfianza mutua como herencia.

En definitiva, los escenarios posibles son varios. Para empezar, disimular el riesgo de una ruptura es absurdo. Porque la paridad de fuerzas, que sugiere un equilibrio estable, no acaba de ser tal, ya que no hay paridad de sentimiento y afán, entre los contendientes, y, por el momento: los unos parecen más movilizados que los otros.[10] Y porque, si la desconfianza es grande, el continuo oscilar de los sentimientos puede provocar apuestas imprudentes: tales como una extensión del problema a otros territorios y un caudal de desaires y reproches inacabables, una sucesión de pleitos y exhibiciones en la plaza pública, y una búsqueda de culpables y chivos expiatorios, y a ser posible inermes, empezando por los más próximos.

Al mismo tiempo, por otra parte, hay razones para albergar buenas esperanzas, ancladas, en último término, en aquella inseguridad existencial a la que me refería al principio, y ligadas a las necesidades de comprensión y de ayuda mutua en tiempos difíciles. Razones apoyadas, además, en la capacidad que nos queda para comprender y aprender, y, en este sentido, para superar, por ejemplo, la cortedad de visión de los partidos políticos y sus electorados, en general, de los años setenta y ochenta y noventa del siglo pasado, y primeras décadas de este siglo, sobre el problema catalán. Y asimismo, en la capacidad para cultivar los buenos sentimientos de ayudarnos mutuamente, empezando por la escucha recíproca y el respeto de los hechos diferenciales, de todos, pero también el respeto de los rasgos comunes, gracias a todo lo cual hemos llegado hasta aquí, en términos relativos de libertad, prosperidad y paz civil; ya que, en caso contrario, hubiéramos perdido del todo el camino hace ya tiempo – y no por falta de intentarlo. Con sentido común y con sentido de lo común, y una visión un poco amplia, existe, pues, la posibilidad de construir y reconstruir un espacio de amistad en Cataluña y en el conjunto de España y en el conjunto de Europa – y en particular, un espacio de amistad *entre* Cataluña y el resto de España. Un espacio de fidelidad y lealtad recíprocas que podría y debería ser el objetivo que marque el rumbo a largo plazo de esta experiencia histórica nuestra, que ha estado y está en curso desde hace ya siglos.

Finalmente, y buscando el equilibrio entre aspiración y realismo, conviene reconocer que hablamos de un objetivo de alcance a medias entre lo probable y lo improbable. Improbable, si falta un apoyo sustancial de los segmentos sociales influyentes a los que me he referido antes; siendo así que, para que den ese apoyo, se requiere, no sólo que así lo quieran sino, sobre todo, que la gente común así lo entienda, se movilice y lo exija. Y asimismo se precisa que tales esfuerzos, de todos, vengan

[10]Es percibido así entre los independentistas que apuestan por una acción resuelta inmediata, como, por ejemplo, Quim Torra, que se imaginan corriendo "los últimos cien metros" (Torra, 2016).

acompañados no de un rosario de exhortaciones al diálogo, sino de una narrativa explicando tanto la deseabilidad del objetivo como su *plausibilidad.* Que atienda a los recursos, los obstáculos, las alianzas y los detalles de la puesta en práctica; y sin perder de vista las otras partidas simultáneas. Una narrativa que deje abierto el terreno para un ir y venir entre una amistad pragmática, "de interés", que se queda en poco, y una amistad "verdadera", que apunta más alto.

Por mi parte, insisto (y puestos a incluir un testimonio personal, reconozco que, quizá con mi insistencia algo que tenga que ver el recuerdo de mi abuelo, que era de Calatayud, y la impresión de que quizá a los aragoneses les toque un papel a jugar en estos encuentros y desencuentros...), tanto a pesar de los rechazos como a causa de ellos, en la apuesta por este objetivo insólito. Insólito, porque desacostumbrado e inesperado – o quizá "imprevisto, pero no inesperado". Justamente, como la amistad.

Buscamos la amistad impulsados por aquella inseguridad básica de supervivientes transitorios, a la que me referí al principio, modulada por las condiciones históricas de cada caso. Porque nuestro modo de entrar en el mundo, de sobrevivir y de vivir en él, es conviviendo atentos a estar rodeados de cuidados básicos, por dar y por recibir. Junto con ello viene, desde la infancia, el motivo de la curiosidad por aquella *haecceitas* de los filósofos medievales, la individualidad diferenciada; por el hecho diferencial, por lo que es distinto. Que es lo que nos suele empujar a relacionarnos con quienes no son nuestros iguales, en su sentido más amplio, *precisamente* por el hecho de no serlo, evitando así el aburrimiento de la repetición de lo que ya sabemos demasiado bien qué es y cómo es. Viajamos, emigramos, leemos, nos evadimos, nos encontramos, nos perdemos y nos echamos de menos. En búsqueda incesante.

Amistad y curiosidad se entreveran en todas las partidas de ajedrez de la vida política. Y tanto más cuanto más se trata de juegos a largo plazo, o juegos de suma positiva, que implican una reiteración de los tratos, y alianzas recurrentes. Pero justamente la amistad es cuestión de tiempo. El tiempo que la forja, y que la pone a prueba. Y tanto más ahora, tiempo de pandemia, prueba de supervivencia.

Bibliografía

Barnils, Ramon. 1984. "De Ponent, una lliçó", *El Temps*, 27, 24-30 de diciembre.

Bellah, Robert. 2011. *Religion in Human Evolution. From the Paleolithic to the Axial Age*. Cambridge, Massachuetts: Belknap / Harvard University Press.

Candel, Francesc. 1963. *Els altres Catalans.* Barcelona: Edicions 62.

Davidson, Donald. 2006. *The Essential Davidson*. Oxford: Clarendon Press.

Gopnik, Alison. 2009. *The Philosophical Baby.* Nueva York: Picador / Ferrar, Straus y Giroux.

Gracián, Baltasar. 1993 [1642]. *Agudeza y Arte de Ingenio*, en *Obras Completas*. Tomo II. Madrid: Biblioteca Castro / Turner.

Heidegger, Martin. 1975 [1951]. *Poetry, Language, Thought*. Trad. Alfred Hofstadter. Nueva York: Perennial Classics.

Leibniz, G. W. 1995 [1686-1714]. *Discours de métaphysique suivi de Monadologie*. París: Gallimard.

Leibniz, G. W. 2011 [1692]. “Memoria para personas ilustradas de buena intención” en *Escritos de filosofía jurídica y política.* Ed. J. de Salas. Madrid: Biblioteca Nueva.

Lukacs, Georg. 1960 [1923]. *Histoire et conscience de classe.* Trad. Kostas Axelos y Jacqueline Bois. París: Les Éditions de Minuit.

Machado, Antonio. 1948. “Proverbios y cantares”, en *Poesías Completas.* Madrid: Espasa Calpe.

Marx, Karl. 1955 [1869]. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Mas-Colell, Andreu. 2019. “Un pasaje estrecho, pero pasaje al fin”, *El País*, 17 de diciembre.

Newman, John Henry. 1979 [1870]. *An Essay in Aid of a Grammar of Assent.* Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.

Oakeshott, Michael. 2000 [1975]. *El Estado europeo moderno*. Trad. Miguel Candel Sanmartín. Barcelona: Paidós.

Oller, Josep M.; Albert Satorra y Adolf Tobeña. 2019. “Pathways and legacies of the secessionist push in Catalonia: linguistic frontiers, economic segments and media roles within a divided society”, *Policy Network Paper*, Octubre.

Ortega y Gasset, José. 1973 [1932]. “Discurso sobre el Estatuto de Cataluña”, en *Rectificación de la República. Escritos políticos III*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, pp. 209-239.

Pascal, Blaise. 1950 [*circa* 1659]. *Pensées*. Edición Léon Brunchsvieg. París: Hachette.

Pérez-Díaz, Víctor. 1971. *Estructura social del campo y éxodo rural: estudio de un pueblo de Castilla*. Madrid: Tecnos.

Pérez-Díaz, Víctor. 1984. “La encrucijada histórica de Cataluña”, *Diario 16*, 4 de diciembre, p. 3.

Pérez-Díaz, Víctor. 1996. *España puesta a prueba.* Madrid: Alianza.

Pérez-Díaz, Víctor. 2008. *El malestar de la democracia.* Barcelona: Crítica.

Pérez-Díaz, Víctor. 2009. “Markets as conversations”, en Víctor Pérez-Díaz, ed., *Markets and Civil Society: The European Experience in Comparative Perspective.* Nueva York: Berghahn, pp. 27-76.

Pérez-Díaz, Víctor. 2019a. “Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje”, *ASP Research Papers,* 118(a)/2019.

Pérez-Díaz, Víctor. 2019b. “El juego de ajedrez del *demos* europeo: haciendo Europa con una estrategia indirecta de partidas simultáneas”, *ASP Research Papers*, 120(a)/2019.

Pérez-Díaz, Víctor. 2020. *Tres ensayos sobre Europa / Three essays about Europe*. Madrid: Funcas.

Pérez-Díaz, Víctor; Josu Mezo, y Juan Carlos Rodríguez. 2012. *La crisis y las autonomías. La sociedad*

española ante la crisis y el sistema de las autonomías. Madrid: Funcas.

Pérez-Díaz, Víctor y Juan Carlos Rodríguez. 2010. *Alerta y desconfiada. La sociedad española ante la crisis.* Madrid: Funcas.

Riley, Patrick. 1996. *Leibniz' Universal Jurisprudence: Justice as the Charity of the Wise.* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

Rodríguez, Juan Carlos. 2017. "El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual", *ASP Research Papers*, 113(a)/2017.

Roldán, Concha. 2014. "Paz perpetua y federación europea: la crítica de Leibniz a Saint-Pierre", *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 16, 32: 111-133.

Salvati, Michele. 2020. "Il virus e la terza repubblica", *Il Foglio*, 28 de febrero.

Santayana, George. 1998 [1911]. *The Genteel Tradition.* Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.

Soloviev, Vladimir. 2005 [1900]. *Trois entretiens sur la guerre, la morale et la religion, suivi du Court récit sur l'Antéchrist.* Trad. Bernard Marchadier. París: Ad Solem.

Torra, Quim. 2016. *Els últims 100 metres: El full de ruta per guanyar la Republica Catalana.* Barcelona: Angle Editorial.

Voegelin, Eric. 1989. *Autobiographical Reflections.* Baton Rouge y Londres: Louisiana State University Press.

White, Morton. 1981. *What is and what ought to be done.* Oxford: Oxford University Press.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

120(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, El juego del ajedrez del *demos* europeo: haciendo Europa con una estrategia indirecta de partidas simultáneas

119(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Un proyecto proustiano para Europa: explorando un futuro posible

118(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje

117(a)/2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa entre el compromiso y la polarización: un debate en curso

116(a)/2018 **Joaquín P. López Novo**, El capitalismo financiarizado y la cultura del autoempoderamiento del individuo

115(b)/2018 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Moral culture and innovation in Europe

114(a)/2018 **Víctor Pérez-Díaz**, Formas políticas frágiles: la doble dualidad democrática y el buen sentido ciudadano

113(a)/2017 **Juan Carlos Rodríguez**, El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual

112(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The voice of the society and the crisis: potential and limits of reflexivity and civility

111(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, The future of work: new workers, new citizens

110(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The sleep of reason produces monsters: on the subject of civic demands and capacities today

109(a)/2015 **Joaquín Pedro López Novo**, El camino abandonado: una reflexión sobre el declive de la visión humanista de la empresa

108(a)/2014 **María García**, Fundamentos de una sociedad civil según Víctor Pérez-Díaz

107(a)/2013 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La crisis de las cajas de ahorros y su alejamiento del modelo tradicional

106(a)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, Maestros y discípulos

105(b)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, A ‘natural order of things’: the Euro crisis and the European demos

104(b)/2011 **Víctor Pérez-Díaz**, The avatars of advanced modernity: the risk that civil society in advanced modernity becomes an oligarchical city

103(a)/2011 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Cultura moral e innovación productiva en Europa

102(b)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, **Elisa Chuliá**, **Joaquín P. López Novo y Berta Álvarez-Miranda**, Catholicism, social values and the welfare system in Spain

101(a)/2010 **Joaquín P. López Novo**, Expansión del yo y transformación personal: el florecimiento de la cultura de la transformación personal en la sociedad actual

100(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, La cultura de la ciencia y la convergencia de España con los países avanzados

99(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La travesía del desierto

98(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Tiempos de desorden y espíritu cívico: el lado de la sociedad

97(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, El malestar de la democracia aquí y ahora: el lado de la clase política

96(a)/2009 **Juan Jesús Fernández** y **Juan Carlos Rodríguez**, Los orígenes del fracaso escolar en España: un estudio empírico

95(a)/2009 **Elisa J. Sánchez Pérez**, La participación electoral en España e Italia y su interpretación desde la perspectiva del capital social

94(a)/2009 **Berta Álvarez-Miranda**, La diversidad de los inmigrantes musulmanes en Europa

93(a)/2009 **Izabela Barlinska**, Fluctuaciones de la confianza en tiempos de globalización y de transiciones socio-políticas

92(a)/2009 **Joaquín P. López Novo**, Laicidad y laicismos en España: ¿qué España laica?

91(a)/2009 **Benjamín García Sanz,** Agricultura y vida rural

90(a)/2009 **Evelyne López-Campillo**, En torno al casticismo de Europa

89(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Modernidades confusas y círculos de solidaridad

87(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Jesús Fernández**, Las relaciones entre la confianza y el asociacionismo en la generación de capital social: observaciones sobre la experiencia latinoamericana

86(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Berta Álvarez-Miranda**, Observaciones acerca de un plan de actuación sobre la inmigración en la Comunidad de Madrid

85(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Spain's religion at the crossroads

85(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, La religión española en un cruce de caminos: comprendiendo la religión como una cuestión de contexto y de narrativa

84(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Joaquín P. López Novo**, El reto de las elites filantrópicas en España

83(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, The voices of civil societies

82(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, La religiosidad de los españoles y la Iglesia Católica: unos datos y una hipótesis

81(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Horizonte y dilemas de la filantropía

80(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La energía nuclear y la opinión pública en España

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.
Comandante Fortea, 3 - 12º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 5414746 • e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.

Comandante Fortea, 3 - 12 º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 915414746 · e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com